

Excelencias, amigos del cine, señoras y señores

Les doy la más cordial bienvenida a la sesión de apertura del vigésimo festival de cine español en Polonia. Podríamos rebautizarlo como el festival del siglo, pues la odisea nació en 2001, con el siglo. Y aquí seguimos, 20 años después -“20 años no es nada”- con las sienes plateadas y una muestra del cine que se hace en España. Y aunque cine lo haya bueno, feo y malo -que de todo hay en la viña del Señor-, procuramos que a Polonia llegue el mejor posible y así poder preciarnos de no desmerecer a la idea del mundo de Gottfried Leibniz y honrarles a ustedes, amigos, con un surtido de películas que puedan ser de su agrado.

Este año regresamos no en el entorno de los idus de marzo, como era la costumbre, sino en las vísperas del verano, en un ambiente soleado y cálido que ayuda a restañar los zarpazos del coronavirus. España ha sido uno de los países más castigados por la pandemia. Decenas de miles de compatriotas han perdido la vida. A ellos y a todas las víctimas hemos rendido homenaje de silencio y desde aquí hacemos llegar nuestro afecto a sus seres queridos.

Este ciclo es fruto de un esfuerzo combinado. La Embajada, Turespaña y el Instituto Cervantes ponemos la afición, parte de la financiación y el entusiasmo; la empresa “Mañana”, con la estupenda Agnieszka Drewno, el oficio y la pericia; Santander Bank Polska, otra parte del soporte financiero; y la región de Castilla y León, más recursos, su encanto y su manto acogedor.

Gracias a esta conjunción de esfuerzos y a la acogida que nos dispensa el querido público polaco, siempre ávido de buen cine, estrenamos hoy una edición preñada de propuestas prometedoras.

Regresan Garci -¿o quizás viene por vez primera?- y Amenábar, dos directores oscarizados por “Volver a empezar” y “Mar adentro”. Ambos, grandes cineastas, son garantía de calidad. Garci ha querido regresar al Madrid de 1975 y mostrarnos al detective Germán Areta en los albores de su singladura profesional. Es el “Crack 0” – además de un tributo al gran actor Alfredo Landa- una ficción libérrima que evoca nuestro pasado reciente sin los sesgos al uso.

Amenábar nos retrotrae algo más atrás, a la Salamanca del otoño del 36, para acercarnos a Don Miguel de Unamuno y Jugo, pensador profundo y poético, místico sediento de Dios, un Vesubio tronante que vivió el destierro, patriota turbulento, fogoso y doliente, un español de pieza y media. A su alrededor, en el entorno predominante, se yergue la figura de Millán Astray, fundador de la Legión española, y las de personajes como Carmen Polo de Franco o el propio Franco, proclamado Generalísimo en septiembre de aquel año.

Unamuno, hombre de transfiguración y calvario, de perenne duda mortificante y de fervor patriótico inquebrantable, dejó versos sonoros y fuertes.

Escribe en su oda a la basílica del Señor Santiago, en su Bilbao natal:

“Aquí anhelé el anhelo que me ignora,
aquí el hambre de Dios sentí primero”.

O aquel cuarteto que le fue inspirado en Hendaya, en su destierro francés:

“Si no has de volverme a España,
Dios de la única bondad,
Si no has de acostarme en ella,
Hágase tu voluntad.”

Son éstas muestras brevísimas, mónadas, del fragor intelectual y apasionado de un hombre que se convirtió en faro de las Españas y que murió en “zona nacional” en plena guerra civil; de un hombre que exigía rigor ético y político y que no transigía ni con dobleces ni con pompas vacuas de jabón.

Salamanca, Castilla, León, España.

Las tierras de Castilla la Vieja son pardas, salpicadas de verde y ejemplarizantes “como una naturaleza ética de la que debemos aprender” (Umbral). En Castilla se despliegan los campos de Soria con sus “colinas plateadas, cárdenas roquedas” (A. Machado), los picos de Urbión, las merindades de Burgos, la tierra de Campos, Gredos y la ribera del Duero.

“Río Duero, río Duero, nadie a acompañarte baja,
nadie se detiene a oír tu eterna estrofa de agua...
sino los enamorados, que preguntan por sus almas
y siembran en tus espumas
palabras de amor, palabras.”(Gerardo Diego).

Les invito, amigos, a peregrinar cuando las circunstancias lo permitan a esa Castilla incólume y preterida, siempre honda y nunca altisonante, la del Cid y Fernán González, la de Urraca, de Isabel y de Teresa; la del románico prístino palentino; la Castilla de Delibes que huele a galleta, a leña, a cordero, a trigo húmedo y a espiga seca, a picadura de tabaco negro y a sol y sombra; a la Castilla que, fiel a sí misma, germina en Pascua y se ofrece como asidero a las almas necesitadas.

Les invito a visitar León, fundada por la legión romana, cuna del parlamentarismo y espejo del gótico europeo con su Catedral translúcida de vidrieras inigualables; a recalar en el Bierzo y Ponferrada y en la Astorga remozada por Gaudí para descender hacia Benavente, hacia Toro y Zamora y llegarse en fin a Salamanca y una vez allí, al abrigo de los soportales de su Plaza Mayor, desafiar el dicho “quod natura non dat, Salamanca non prestat”.

Salamanca, León, Castilla, España: les animo a que emprendan ese viaje por el espacio y en el tiempo, al ayer y hacia el mañana, allá donde, según un personaje de Garci, “nadie te da la lata”.

Que disfruten de la velada. Duzo zdrowia.